
Sobre cultura femenina*

Rosario Castellanos

Existe una cultura femenina? Esta interrogación parece, a primera vista, tan superflua y tan conmovedoramente estúpida como aquella otra que ha dado también origen a varios libros y en la que destacados oficiales de la Armada Británica se preguntan, con toda la seriedad inherente a su cargo, si existe la serpiente marina.¹ La naturaleza de ambos problemas, aparentemente tan desconectados, tiene un lejano parentesco ya que en los dos se examina cuidadosa, rigurosamente, la validez con la que corre, desde tiempos inmemoriales, un rumor. Asimismo, se procede, para dictar el fallo, a la confrontación de los testimonios, ya sean en pro, ya en contra, de las hipótesis afirmativas. Porque hay quienes aseguran —y son siempre lobos de mar con ojos de lince— haber visto el antedicho ejemplar zoológico y hasta son capaces de describirlo (aunque estas descripciones no concuerden entre sí ni resulten siquiera verosímiles) de la misma manera que otros aseguran haber presenciado fenómenos en los que se manifiesta la aportación de la mujer a la cultura por medio de obras artísticas, investigaciones científicas, realizaciones éticas. Pero hay también, al lado de estos generosos y frecuentemente exagerados visionarios, un coro de hombres cuerdos que permanecen en las playas y que desde allí sentencian la imposibilidad absoluta de que monstruos tan extraordinarios como las serpientes marinas y las mujeres cultas o creadoras de cultura, sean

*Agradecemos a la Dra. Graciela Hierro el habernos prestado una copia de la tesis, ya que *no* se encuentra en ninguna de las bibliotecas de la UNAM

¹Condensación del libro de T. E. Gould "The case of serpent sea" aparecida en la revista "Selecciones del Reader's Digest", editada en español en La Habana, Cuba, tomo XVII, ejemplar número 88, correspondiente al mes de agosto de 1948.

algo más que una alucinación, un espejismo, una morbosa pesadilla. Y, para llevar hasta su fin el paralelo, el ánimo de quien pondera las tesis y antítesis respectivas queda en suspenso. ¿Cómo conciliar los extremos opuestos? ¿Y cómo inclinarse hacia uno cualquiera de ellos si pesan tanto las afirmaciones vehementes como las negativas rotundas? Dejemos que los técnicos de la Armada de Su Majestad continúen deliberando y que mientras tanto la Enciclopedia Británica guarde en prudente reserva sus opiniones. Nosotros vamos en persecución de la otra quimera.

No somos, por desdicha, los primeros. No encontraremos pues un continente virgen ni aun una isla inédita. Nos han precedido en la aventura pensadores tan ásperezos como Schopenhauer, tan apasionados como Weininger, tan mesurados como Simmel. Y ¿cuál ha sido el dictamen que rindieron a su regreso? Leámoslo:

Arturo Schopenhauer, en su célebre tratado *Sobre las mujeres*² empieza diciendo: "Sólo el aspecto de la mujer revela que no está destinada ni a los grandes trabajos de la inteligencia ni a los grandes trabajos materiales. Paga su deuda a la vida no con la acción sino con el sufrimiento: los dolores del parto, los inquietos cuidados de la infancia; tiene que obedecer al hombre, ser una compañera paciente que le serene". "Cuanto más noble y acabada es una cosa más lento y tardo desarrollo tiene. La razón y la inteligencia del hombre no llegan a su auge hasta la edad de veintiocho años; por el contrario, en la mujer la madurez de espíritu llega a la de dieciocho. Por eso tiene siempre un juicio de esta edad, medido muy estrictamente y por eso las mujeres son toda la vida verdaderos niños. No ven más que lo que tienen delante de los ojos, se fijan sólo en lo presente, toman la apariencia por lo real y prefieren las fruslerías a las cosas más importantes. Lo que distingue al hombre del animal es la razón. Confinado en el presente se vuelve hacia el pasado y sueña con el porvenir; de ahí su prudencia, sus preocupaciones, sus frecuentes aprensiones. La débil razón de la mujer no participa de esas ventajas ni de esos inconvenientes. Padece miopía intelectual, que, por una especie de intuición, le permite ver de un modo penetrante las cosas próximas; pero su horizonte es muy pequeño y se le escapan las cosas remotas. La mujer, más absorta en el momento presente goza más

²Arturo Schopenhauer. *El amor, las mujeres y la muerte*. Sin consignación de traductor. Ediciones mexicanas, S. en P. México, 1945.

de él que nosotros. Van derechas al fin por el camino más corto, porque en general, sus miradas se detienen en lo que está a su mano”.

“Como las mujeres han sido creadas únicamente para la propagación de la especie y toda su vocación se concentra en ese punto, viven más para la especie que para los individuos y toman más a pecho los intereses de la especie que los intereses individuales. Excepciones aisladas y parciales no cambian las cosas en nada. Tomadas en conjunto las mujeres son y serán las nulidades más cabales e incurables”.

Otto Weininger³ el filósofo precoz y suicida como lo han bautizado sus comentadores, tal vez va un poco más allá que su antecesor, no en el contenido de las ideas sino en el desmenuzamiento y precisión de ellas. “La mujer no es otra cosa que sexualidad: el hombre es sexual pero también es algo más. El hombre se preocupa por muchas otras cosas: la lucha, el juego, la sociabilidad y la buena mesa, la discusión y la ciencia, los negocios y la política, la religión y el arte”.

“En las mujeres, pensar y sentir son dos actos inseparables. El hombre tiene los mismos contenidos psíquicos que la mujer pero en forma articulada y mientras ésta piensa más o menos en hénide (es decir, en nebulosa) aquél piensa ya en representaciones claras y distintas que se ligan con sentimientos determinados que le permiten separarlos de todo el resto. Cada vez que se trata de expresar un nuevo juicio y no de repetir un concepto ya expresado, la mujer espera siempre del hombre la clasificación de sus propias representaciones oscuras, la interpretación de las hénides. La mujer recibe su conciencia del hombre: la función sexual del hombre tipo frente a la mujer tipo que constituye su complemento ideal es transformarla en consciente. La genialidad, o lo que es lo mismo, la originalidad, individualidad y condiciones especiales para crear, es la que se halla más distante del estado de hénide pues posee la mayor claridad y transparencia. La genialidad por lo tanto aparece ya como una especie de masculinidad superior y en consecuencia la mujer nunca podrá ser genial, pues la mujer vive de un modo inconsciente mientras que el hombre es consciente y todavía más consciente el genio.

“La característica más segura, general y fácil de demostrar, el genio, es la memoria universal. Trátase de una memoria para la experiencia y no del recuerdo de lo aprendido. El hombre genial, al referirse a un

³Otto Weininger. *Sexo y Carácter*. Traducción de Felipe Jiménez de Asúa. Biblioteca filosófica. Editorial Losada, S.A. Buenos Aires, 1942.

suceso de tiempos pasados jamás emplea la frase 'ya no es verdadero' ". Antes bien, para él no hay nada que no sea verdadero precisamente porque tiene una idea más clara que todos los demás hombres de los cambios que se producen en el curso del tiempo. De la memoria de los hombres depende también, como es natural, la medida en que sean capaces de observar tanto las diferencias como las semejanzas. Esta facultad se desarrollará en mayor grado en aquellas personas cuyo pasado se proyecta sobre su presente y en las cuales los diferentes momentos de su vida constituyen un todo que permite homologar los diversos sucesos. Tendrán así numerosas ocasiones de emplear las comparaciones y lo harán precisamente con aquel *tertium comparationis* que para nuestro objeto es el más importante. Evocarán los sucesos del pasado que tengan la máxima semejanza con el presente dado que ambos parecen ante sus ojos de modo tan claro y articulado que no permite pasen inadvertidas las semejanzas y diferencias: de aquí que desafiando la influencia de los años se mantengan vivos en la mente recuerdos muy remotos. No es pues absurdo el hecho de considerar como la mejor cualidad de los poetas aquella de saber establecer bellas comparaciones y descripciones y que al leer a Homero, a Shakespeare, a Klopstock, esperemos impacientes sus imágenes favoritas. En la actualidad, cuando por primera vez en siglo y medio Alemania carece de grandes artistas y de grandes pensadores y en cambio es difícil encontrar a alguien que no haya escrito algo, se buscarán inútilmente esas bellas y lúcidas comparaciones. Un período cuya esencia se describe mejor en vagas y dudosas palabras y cuya filosofía ha venido a ser una filosofía del inconsciente no puede contener nada grande.

"La grandeza es conciencia y ante ella las nieblas del inconsciente se esfuman como ante los rayos del sol. Sólo la completa conciencia, en la cual todos los acontecimientos del pasado gravitan con gran intensidad en los acontecimientos del presente, puede encontrar un lugar la fantasía, esa condición necesaria para las creaciones tanto filosóficas como artísticas. La capacidad de poder dar forma a un caos es propia precisamente de aquellos individuos que poseen la memoria más extensa gracias a su percepción más general, es decir, la característica del genio masculino. Probablemente existen muy pocos hombres que en ningún momento de su vida hayan sido geniales. Y si no lo han sido podría decirse que tan sólo les ha faltado la oportunidad. Una gran pasión, un gran dolor. Si alguna vez hubieran vivido intensamente hubieran

sido, al menos por el momento, geniales. En cambio la mujer conserva únicamente una clase de recuerdos: los que se refieren al impulso sexual y a la procreación. Recordará vivamente al hombre que ha amado y al que la ha pretendido, su noche de bodas, sus hijos, así como sus muñecas, las flores que le han sido ofrecidas en los bailes a los que ha asistido, el número, tamaño y precio de los ramos, las serenatas que le fueron dedicadas, las poesías que ella imagina han sido compuestas para ella, las palabras del hombre que la ha impresionado, y sobre todo, sabrá reproducir con una exactitud tan ridícula como necesaria, todos los cumplimientos que ha recibido durante su vida. La memoria continua significa el triunfo sobre el tiempo, por tanto la memoria continua se presenta como la expresión psicológica del principio lógico de identidad. Para la mujer absoluta a quien aquélla falta, este principio tampoco será axioma de su pensamiento.

“Para la mujer absoluta no existe el principio de identidad y por consecuencia el de contradicción ni el tercero excluido. Por lo mismo es exacto que la mujer carece de lógica. El hombre se siente avergonzado si no fundamenta sus pensamientos y se cree en el deber de hacerlo los haya o no manifestado, porque se siente obligado a seguir la norma de la lógica en cuanto él la ha establecido de una vez para todas. La mujer se irrita ante la exigencia de que su pensamiento deba depender sin excepción de la lógica; le falta la conciencia intelectual y podría decirse de ella que está afectada de “lógica insanity”. Un ser que no comprenda o no reconozca que A es A y que A y $\neg A$ se excluyen entre sí no encontrará dificultad alguna en mentir. Es más, para un ser de este tipo no existe el concepto de la mentira ya que su opuesto, la verdad, es ignorada por él. Si el ser tiene el don de la palabra mentirá sin saberlo, incluso sin la posibilidad de reconocer que miente en cuanto le falta el criterio de la verdad. Cuando tales ideas faltan no se puede hablar de error o mentira; no se trata de un ser antimoral sino de un ser amoral. La mujer es pues, amoral. Ahora bien, el fenómeno lógico y ético, unidos en un único, último y supremo valor, en el concepto de la verdad, obligan a admitir la existencia de un yo inteligible o de un alma o de una esencia de la más suprema realidad hiperempírica. En su un como la mujer que carece de fenómenos lógicos y éticos falta también la razón para atribuirle un alma. La mujer absoluta no tiene yo. Personalidad e individualidad, yo inteligible y alma, voluntad y carácter inteligible significan una y la misma cosa que pertenece al hombre y que le falta a la mujer.

Pero como el alma humana es el microcosmos y los individuos superiores son aquellos que viven enteramente con alma, es decir, que en ellos vive el mundo entero, la mujer no puede ser nunca genio. En la mujer además no existe, en modo alguno, el problema de la soledad y de la sociabilidad. Precisamente por eso sirve especialmente para prestar una compañía, (lectora, enfermera) porque jamás pasa de la soledad a la sociabilidad. Para el hombre la elección entre la soledad y la sociabilidad es siempre un problema aunque algunas veces sólo le sea posible una de ellas. La mujer no abandona su aislamiento para cuidar al enfermo como ocurriría si su acción pudiera ser considerada verdaderamente como moral; pero una mujer no está nunca sola, no conoce el amor a la soledad, ni siente temor ante ella. La mujer vive siempre, aun cuando esté sola, en un estado de amalgama con todas las personas que conoce y esto prueba que no es una mónada pues todas las mónadas tienen límites. La mujer es ilimitada por naturaleza, pero no como el genio cuyos límites coinciden con los del mundo sino que jamás está separada de la naturaleza o de los restantes individuos por algo real. Esta amalgama es algo enteramente sexual y por ello la compasión femenina se manifiesta siempre por un acercamiento corporal al ser que la inspira; es una ternura animal que debe acariciar y confortar. Todo esto depende de lo que para la mujer significa la palabra yo.

“Cuando se pregunta a una mujer cómo comprende su yo, no lo puede representar de otra manera que por su propio cuerpo. Su exterior, he aquí el yo de la mujer. El yo de las mujeres explica también su vanidad específica. La vanidad masculina es una emanación de la voluntad para el valor y su forma de expresión objetiva es la necesidad de que nadie ponga en duda que este valor puede alcanzarse. Lo que al hombre concede valor y eternidad es únicamente la personalidad. La dignidad del hombre es este supremo valor que no es un premio porque según las palabras de Kant no se puede sustituir por otra cosa equivalente sino que está por encima de todos los premios y no permite equivalente alguno. A pesar de lo que diga Schiller, las mujeres no tienen dignidad — para colmar este vacío fue inventado el título de dama— y su vanidad se dirige hacia lo que ella supone de máximo valor, es decir, el mantenimiento, aumento y reconocimiento de la belleza corporal. El hombre como microcosmos está compuesto de vida superior y de vida inferior, de existencia metafísica y de la que carece de substancia, de materia y de forma. La mujer no es nada, tan sólo es materia. Tan sólo cuando el hom-

bre se hace sexual adquiere la mujer consistencia e importancia. Moriría en el momento en que el hombre pudiera vencer su sexualidad”.

Vayamos ahora a Simmel⁴ uno de los defensores del sexo femenino. El dice: “Nuestra cultura en realidad es enteramente masculina. Son los hombres los que han creado el arte y la industria, la ciencia y el comercio, el estado y la religión. Existe una oposición efectiva entre la esencia general de la mujer y la forma general de nuestra cultura. Por eso, dentro de esta cultura la producción femenina tropieza con tanto mayor número de obstáculos cuanto que las exigencias que se le plantean son más generales y formales. Y esto precisamente sucede en el caso de las creaciones originales. Cuando se trata de recibir y combinar contenidos ya hechos es más fácil que se produzca una adaptación al carácter total de la esfera cultural. Pero cuando se trata de hacer surgir una creación espontánea del fondo personal, propio, entonces ha de entrar en juego la facultad morfogenética y aplicarse a los elementos mismos. En el caso extremo esta actividad creadora se encuentra ante un material absolutamente desnudo de toda forma y el alma ha de franquear, paso a paso, sin respiro, la distancia que separa lo informe de la creación ya informada. Dentro de la cultura actual la actividad femenina es tanto más eficaz cuanto que el objeto de su trabajo está más impregnado del espíritu de esta cultura, es decir, del espíritu masculino. En cambio fracasa generalmente en la creación cuando sus energías originales que de antemano están dispuestas por modo diferente del masculino tienen que verterse en las formas que exige la cultura objetiva, la cultura masculina.

“Donde más admisible ha de parecer la actuación femenina en pro de la cultura es sin duda en la esfera del arte. Ya se advierten indicios de ella. Existen ya en la literatura una serie de mujeres que no tienen la ambición servil de escribir como un hombre, que no delatan, por el uso de pseudónimos masculinos, el desconocimiento total de las originalidades propias y específicas de su sexo. Sin duda es muy difícil aún en la cultura literaria, dar expresión a los matices femeninos porque aquellas formas generales de la poesía son creaciones del varón y como, por ahora al menos, las formas poéticas específicamente femeninas, aunque posibles, quedan aún recluidas en las regiones de Utopía, subsiste una leve

⁴Georg Simmel, *Cultura femenina y otros ensayos*. Traducción de Eugenio Imaz, José R. Pérez Bances, Manuel García Morente y Fernando Vela. Tercera edición. Colección Austral. Espasa-Calpe Argentina. Buenos Aires. 1941.

contradicción con el propósito de llenar las formas masculinas con el contenido femenino. En la lírica femenina, y justamente en sus logradas producciones, percibo muchas veces un cierto dualismo entre el contenido personal y la forma artística, como si el alma creadora y la expresión no tuviesen el mismo estilo. La vida íntima de la mujer tiende a objetivarse en figuras estéticas, pero por una parte no logra llenar los contornos de esas figuras, de manera que, para dar satisfacción a las exigencias formales, se ve precisada a echar mano de cierta trivialidad y convencionalismo, y por otra parte, siempre queda dentro de un resto de sentimiento vivo que permanece informe e inexpreso. La creación novelesca parece ofrecer a las mujeres menos dificultades que los demás géneros literarios, porque su problema y su estructura artística no están aún fijados en formas rígidas y rigurosas. Los contornos de la novela no son fijos. Sus hilos se entrecruzan sin reanudarse en una unidad cerrada; muchos van a perderse, por decirlo así, fuera de sus límites, en lo indeterminado. Su realismo inevitable no le permite abstraerse al caos de la realidad y reorganizarse en estructuras rítmicas, regulares, como la lírica y el drama. En estos últimos géneros literarios, la rigidez de la forma es como una condición previa de masculinidad. En cambio la laxitud, la flexibilidad de la novela deja campo abierto a la labor propiamente femenina. Por eso el instinto ha empujado hacia la novela a las mujeres de temple literario, que han visto en este género su esfera propia y peculiar. La forma novelesca, por lo mismo que en sentido riguroso no es forma, resulta suficientemente maleable. Y así hay algunas novelas modernas que pueden contar entre las creaciones específicas del sexo femenino.

"Si se considera que en cada una de las actuaciones de la mujer pone en juego su personalidad total y no se separa del yo y sus centros sentimentales pues es de naturaleza más cerrada y unitaria que el hombre y en ella la parte no se separa del todo para llevar una vida, por decirlo así, independiente, se llegará a la conclusión de que donde lo específico de la productividad femenina se manifiesta abierta y claramente es en el arte del teatro. Y no sólo porque la mujer tiene su papel asignado en el conjunto dramático sino por razones que arraigan en la esencia misma del arte teatral. No hay otro arte, en efecto, donde la labor a realizar se compenetre y una más estrechamente con la personalidad total del artista. La pintura, la poesía, la música, tienen sin duda su fundamento en la integridad espiritual y corpórea del hombre, pero canalizan las energías en direcciones uniformes que permanecen en parte ocul-

tas, para desembocar al fin en el producto artístico. La danza misma es en cierta manera parcial, puesto que elimina las palabras habladas. La ejecución musical es igualmente un producto en donde la impresión visual de la persona pierde toda o gran parte de su importancia. Esto se expresa en el transcurso del tiempo por la separación y distinción entre el momento actual creador y la vida propia que el producto creado lleva posteriormente. En cambio en el teatro no hay intervalo posible entre el proceso y el resultado de la creación. Aquí el aspecto objetivo y el subjetivo coinciden absolutamente en el mismo instante vital. La actividad del comediante constituye pues la forma típica de esa integral inmersión de la personalidad toda en la obra o en el fenómeno artístico”.

Ahora dirigiremos nuestra atención a las dos formas de productividad femenina que son o pasan por ser creadoras de cultura en gran escala, según la opinión de Simmel: la casa y la influencia de las mujeres sobre los hombres. “Por una parte es la casa un momento en la vida de sus partícipes los cuales trascienden de ella por sus intereses personales y religiosos, sociales y espirituales, chicos o grandes, y edifican su vida añadiendo al hogar otras preocupaciones extradomésticas. Pero, por otra parte, la casa representa un módulo especial, en donde todos los contenidos vitales reciben cierta forma típica. No existe, por lo menos en la cultura europea desarrollada, ningún interés, ninguna ganancia o pérdida, ya sea exterior o íntima, ninguna esfera de la actividad que no desemboque, con todas las demás juntas, en la peculiar síntesis de la casa, ninguna que no tenga en la casa su asiento de un modo o de otro. La casa es una parte de la vida, pero al mismo tiempo también, un modo especial de condensarse la vida, de reflejarse, de plasmarse la existencia. Ahora bien, la gran hazaña cultural de la mujer es haber creado esta forma universal. He aquí el producto objetivo cuya índole propia no es comparable con ninguna otra; he aquí un producto en el que ella ha impreso el sello femenino por las peculiares facultades e intereses de la mujer, por su típica sensibilidad de inteligencia, por el ritmo entero del ser femenino. Para la mujer, la casa es un valor y fin en sí que se parece a la obra de arte en que halla su importancia cultural subjetiva en su eficaz acción sobre los partícipes pero que además adquiere un sentido objetivo por su propia perfección y según leyes peculiares. Esta creación cultural de la casa pasa muchas veces desapercibida o confusamente vista, porque los detalles y particularidades de su figura concreta son fluidos, movedizos y están al servicio del momento y de las per-

sonas, lo que hace que permanezcan ocultos el sentido objetivo y la significación cultural de la forma en que la casa verifica la síntesis de estos productos fluidos y movedizos. Mas es lo cierto que, por encima de sus producciones momentáneas y de la forma impresa en ellas la casa posee valores perdurables, influencias, recuerdos, toda una organización que se halla vinculada al transcurso variable y personal de la vida, mucho más radicalmente que las demás creaciones cultas de origen masculino. Podríamos aquí —verificando una abstracción todavía mayor— establecer una correlación universal humana. La naturaleza del varón, dualista, inquieta, entregada a la indeterminación del futuro que así podemos señalar, allende las modalidades individuales, su oposición a la esencia femenina, necesita resolverse y salvarse en la actividad objetivada. Ahora bien, el modo como están combinadas con el tipo de mujer es justamente el contrario del que impera en el tipo hombre.

“Percibimos a la mujer no tanto bajo la especie del cambio como bajo la especie de la permanencia, por indefinido, impreciso y lejano que sea este concepto. El sexo masculino que en su naturaleza profunda es incesantemente activo, expansivo, actuante, desgarrado por el juego de un interior dualismo, muéstrase sin embargo, en sus manifestaciones, objetivo, permanente, substancialista. En cambio el sexo femenino, que por naturaleza se halla como concentrado en sí mismo, recluso en su propia intimidad, muéstrase en sus manifestaciones, vertido en la vida fluyente y orientado hacia los resultados que desembocan sin cesar en el *panta rei* de los intereses y exigencias momentáneas. Ahora bien, la casa posee una especial estructura que reduce a su sosegada intimidad —al menos en la idea— todas las líneas del universo cultural y canaliza en cierta unidad permanente y concreta todos los momentos varios de la vida activa y creadora. Por eso le cuadra bien aquella relación simbólica y real de la índole femenina. Por eso ha podido ser el hogar la gran hazaña cultural de la mujer”.

Respecto de la influencia femenina en el hombre, su segunda gran hazaña cultural, Simmel afirma: “la vida y la espiritualidad de innumerales varones sería ciertamente muy distinta y mucho más pobre si no hubieran recibido el influjo de las mujeres. Pero hay que advertir que lo que de éstas reciben no es un contenido previamente existente en ellas. En cambio lo que los hombres dan a la vida espiritual de las mujeres suele ser efectivamente un contenido. Las mujeres dan, dicho sea con expresión paradójica, algo inmediato, una esencia que en ellas mora y

permanece, esencia que al entrar en contacto con el varón hace germinar en éste algo que no tiene la menor semejanza fenomenológica con ella y que en el varón se torna cultura.

Realmente la defensa de Simmel no resulta demasiado eficaz. El concepto de la casa es bastante impreciso y la influencia de la mujer sobre el hombre muy difícil, muy mediata, muy remotamente perceptible. Aparte de ser escasamente original. Muchos autores han querido hacer de la mujer una especie de poder tras el trono o de diablo tras la cruz, y de la cultura una especie de enfermedad que, como la hemofilia, las mujeres no padecen pero transmiten.

Vayamos más adelante en otro de los ensayos de Simmel: "Lo masculino y lo femenino. (Para una psicología de los sexos)".⁵ Allí considera que "para estimar la productividad y la índole, la intensidad y las maneras de manifestarse del varón y de la mujer, recurrimos a determinadas normas de valores. Pero esas normas no son neutras, no se ciernen a igual distancia de los opuestos sexos sino que pertenecen íntegras a la masculinidad. Por otra parte lo típico de la mujer es que para ella, el hecho de ser mujer es más esencial que para el hombre el hecho de ser hombre. Para el hombre la sexualidad consiste, por decirlo así, en hacer; para la mujer en ser. La mujer descansa en su feminidad como en una substancia absoluta y —dicho sea con expresión algo paradójica— le es indiferente que haya o no haya hombres. En cambio el hombre ignora esa sexualidad centrípeta que se basta a sí misma. La virilidad en el sentido sexual está más generalmente adscrita a la relación con la mujer que la feminidad a la relación con el hombre. Mas nos cuesta trabajo, no ya sólo admitir, pero incluso comprender esto, porque viene a contradecir la ingenua opinión que precisamente hemos puesto en tela de juicio, la opinión de que la feminidad es sólo un fenómeno de relación con el hombre y de que, si esta relación desapareciese, no quedaría nada. Y, en efecto, no quedaría un ser humano neutral; quedaría una mujer: la sexualidad de la mujer es algo sustantivo e independiente. En la vida de la mujer se identifican profundamente el ser y el sexo. La mujer se encierra en su sexualidad, absolutamente determinada; determinada en sí misma, sin necesidad de referir al otro sexo la esencialidad de su carácter propio.

⁵Ensayo contenido en el libro anteriormente citado.

“Para el hombre la cuestión sexual es un problema de relación que desaparece tan pronto como cesa su interés en la relación; la índole absoluta del varón no va adherida a su sexo. Para la mujer en cambio, trátase de una cuestión de esencia que secundariamente hace intervenir su índole absoluta en la relación creada. La realidad absoluta que representan la sexualidad o el erotismo tomados como principio cósmico se convierte para el hombre en mera relación con la mujer. La relación entre los sexos se convierte en cambio para la mujer en lo absoluto, en la esencia misma de su ser. Ahora bien, esa relación, puesto que es el fenómeno en que se manifiesta el ser fundamental de la mujer posee para ella una importancia incomparable. Y ésta es la causa que ha producido el juicio profundamente erróneo de que la esencia de la mujer no descansa en sí misma sino que se agota y confunde en esa relación. La mujer no necesita del hombre *in genere*, porque, por decirlo así, tiene en sí misma su vida sexual que es su esencia absoluta y cerrada. Pero en cambio cuando esa esencia ha de manifestarse en la realidad empírica, entonces y con tanta mayor energía necesita la mujer del hombre como individuo. El hombre se desenvuelve siempre en un mundo extensivo por cuanto consigue introducir en él su personalidad: se injerta por sus actos en órdenes históricos, en los cuales, pese a su poderío y soberanía, vale sólo como parte e instrumento. Muy otra en cambio es la mujer. La substancia femenina se asienta en supuestos puramente intensivos. La mujer es quizá en su periferia más accesible que el hombre al desconcierto y a la destrucción. Pero por muy estrecha que sea en ella la unión entre lo central y lo periférico —y precisamente esa estrecha unión es el esquema fundamental de toda psicología femenina, la mujer descansa en su centro propio, no se expande fuera de sí, rehusando perderse en los órdenes exteriores.

“Podemos considerar la vida como una dirección subjetiva hacia lo íntimo o concebirla por su expresión en las cosas. En ambos casos el individuo masculino parece caminar por dos sendas en ninguna de las cuales le aguarda la mujer. En el primer caso el hombre va arrastrado por lo puramente sensible — a diferencia de la sexualidad femenina más profunda, que, por no ser *affaire d'épiderme* es también en general menos específicamente sensible, tira de él la voluntad, el afán de dominar y absorber; pero también arrastra al hombre la aspiración a lo espiritual, a la forma absoluta, a la saciedad de lo trascendente. Pero la mujer permanece encerrada en sí misma, su mundo gravita hacia el centro que le

es propio. La mujer está fuera de aquellas dos trayectorias excéntricas, la del deseo sensible y la de la forma trascendente. Por eso dijérase con más justicia que ella es propiamente el ser humano puesto que mantiene su substancia en los límites de la humanidad, mientras que el hombre es mitad bestia, mitad ángel. La mujer no se interesa sino por aquello a lo que se siente unida. La mujer entra en relación con las cosas por un contacto, por una identidad más inmediata, más instintiva, y en cierto modo, más ingenua. La forma de su existencia no desemboca en esa separación particular de sujeto y objeto que recobra su síntesis posteriormente en las formas particulares del conocimiento y la creación. La feminidad es, desde luego, su esencia, algo absoluto, algo que no se cierne como el absoluto masculino sobre la oposición de los sexos, sino que —por de pronto más allá de esa oposición. La mujer vive y siente su vida como un valor que descansa en sí mismo. La tragedia de las mujeres es que tienen que vivir en un mundo y que en ese mundo haya otro con quien es inevitable entrar en relación aunque ésta tenga que quebrar la pura quietud del centro interior. El hombre puede, sin duda, vivir y morir por una idea; sin embargo esa idea va delante de él, esa idea es para él problema infinito y él permanece constantemente solitario en el sentido ideal. Para el hombre la única forma de pensar y vivir una idea es referirse a ella, tenerla enfrente; por eso los hombres creen que las mujeres no son capaces de ideas. Mas para la mujer su esencia es inmediatamente una con la idea; la mujer, aunque en alguna ocasión el destino la imponga el aislamiento, no es nunca tan típicamente solitaria como el hombre. La mujer encuentra en sí misma su morada, mientras que el hombre siempre busca la suya fuera. En la mujer típicamente femenina sentimos que hay una preeminencia vital del proceso mismo, del vivir mismo, sobre sus contenidos particulares como ciencia, economía, etc., una por decirlo así, submersión en las profundidades de la vida como tal. Esta es la causa de que las mujeres no tomen la idea, el contenido abstracto y normativo, separado idealmente de la vida misma. —Verdad, ley, moral, belleza artística— con el grado de independencia y plenitud con que es tomada por los hombres. El sentido, la fórmula de la existencia femenina, no consienten que la idea se separe, se aisle, para llevar una vida propia e independiente. La lógica representa en la esfera del conocimiento la más perfecta separación e independencia de lo normativo e ideal frente a la realidad viva, inmediata del espíritu. El principio femenino, concebido en su pureza, está situado en el punto en que

la realidad psicológica de nuestras manifestaciones y la idea o imperativo conviven indistintos aún y no como simple mezcla sino como inquebrantable unidad, como forma que tiene su sentido propio y peculiar y que vive con igual derecho que cada una de esas otras series separadas en el espíritu masculino. Sin duda, por definición, estas formas masculinas contrapuestas excluyen toda posibilidad de unión inmediata. Pero esto es cierto solamente para un nivel o estadio en que se hayan establecido las dos series divergentes. La mujer empero, vive precisamente en una capa interior más profunda, en la cual dicha divergencia no se verifica. Por eso para la mujer resultan muchas veces incomprensibles los esfuerzos del hombre por hacer coincidir en los múltiples aspectos de vida objetiva, la idea con la realidad. La mujer posee inmediatamente en sí misma lo que para el hombre es un resultado de la abstracción, esto es, recomposición de elementos anteriormente separados. Lo que entonces llamamos instinto femenino no es otra cosa, aparte los análisis psicológicos que en cada caso pueden verificarse, que esa unidad inmediata de la fluencia espiritual con las normas y criterios que, como por separado, confieren al proceso vital su exactitud y precisión. Existe quizá un instinto que nace de las experiencias acumuladas por la especie y transmitido por los agentes de la herencia física. Pero hay también otra clase de instinto, un instinto anterior a toda experiencia, un instinto en el cual los elementos psíquicos que separados y diferenciados concurren a formar la experiencia, se conservan inseparados e indiferenciados aún; y el sentido de verdad y acierto que en esta clase de instinto se manifiesta, proviene, sin duda, de la misteriosa concordancia que parece existir entre esa unidad profunda de la substancia espiritual y la unidad del universo en general.

“En la primera forma del instinto, los elementos que integran la experiencia se han refundido de nuevo en unidad psíquica. En la segunda forma del instinto esos elementos permanecen aún inseparados. Pero en ambos casos falta la claridad consciente que por división y colisión sobreviene luego en esos elementos llamados por Kant sensibilidad e intelecto. Y es el caso admirable que, aunque son pocas las mujeres propiamente geniales, sin embargo se ha observado con frecuencia que el genio tiene algo de feminidad. Sin duda se refiere esta semejanza, no sólo a la creación de la obra, cuya inconsciente gestación, alimentada por la personalidad toda, guarda cierta analogía con el desarrollo del niño en el seno de la madre, sino también a la unidad apriorística de la

vida y la idea, a esa unidad en que reside la esencia femenina y que el genio repite en su grado máximo y productivo. Sobre la oscuridad de esa conexión metafísica, primera forma del instinto que la actividad lógica consciente aspira a sustituir, a corregir, a asegurar, se adelanta el instinto femenino, la sapiencia inmediata de la mujer y se comprende fácilmente que esta prelación sea tan frecuente como el acierto mismo y la exactitud. La esencia femenina descansa inmediatamente en lo fundamental, en el fundamento absoluto, de manera que en cada problema la mujer siente lo primario, lo indemostrable —que en cada caso puede ser o no plausible y racional— y no necesita, no puede necesitar el rodeo de la demostración. Sumergida en la realidad universal la mujer y su instinto habla como desde una identidad fundamental con los objetos, no necesita intermediario alguno. La índole propia de la mujer, independiente de toda relación con lo masculino, se manifiesta con máxima plenitud y significación en el terreno de la moral. En la ética el dualismo entre la realidad y la idea se abre ampliamente y el imperio de lo moral parece sustentarse todo sobre ese abismo, sobre esa dualidad. Dijérase por tanto que para afrontar los problemas morales, los serios y profundos problemas de contraposición entre lo real y lo ideal, la fórmula masculina es la única adecuada. Por eso, un pensador como Weininger que lleva el dualismo masculino a su último extremo y sin la menor vacilación proclama el ideal masculino como ideal general de toda la humanidad, finca precisamente en la ética y desde este punto de vista demuestra que la feminidad tiene un valor absolutamente negativo. Y procede en esto con perfecta lógica porque para él la mujer no es mala ni moral sino simplemente amoral, indiferente al problema ético. Pero hay que tener en cuenta que el dualismo entre el imperativo ético y los impulsos naturales no es la única base posible de una vida moral.

“Existen también esas almas que llamamos almas bellas. Para éstas la acción moral no necesita producirse venciendo los obstáculos de las tendencias contrarias, sino que fluye espontánea de una propensión natural, ajena a todo conflicto con el deber. El alma bella vive una vida, por decirlo así, monorrítmica; desde luego lo que quiere coincide con lo que debe y lo que en este punto nos interesa es precisamente que en principio puedan existir tales almas, almas en donde la naturaleza personal y la idea extrapersonal formen una unidad metafísica que se revele en la armonía interior de las acciones voluntarias. Dos pueden ser las vías conducentes a ello. La masculina que consiste en reducir el dualismo a

unidad y la femenina que es anterior a todo dualismo. La ética dualista considera a las mujeres como seres de menor valía porque actúan más ingenuamente y con la conciencia más limpia que el hombre. Esta apreciación se explica por el hecho de que en la mujer la realidad y el ideal permanecen inseparados, indistintos. Sin duda esta íntima solidaridad para cuanto se refiere a la conducta, ese ser de una pieza, no siempre da por resultado el cumplimiento de la idea moralmente válida, como tampoco la otra vía, la vía dualista del hombre lleva siempre a la realización de la idea. La índole opuesta de la mujer presenta sólo la forma del alma bella y no siempre realiza su contenido.

"La unidad del ser con el sexo, característica del sexo femenino, da a la mujer una orientación fija que, saliendo de su intimidad, va hacia una cosa externa, determinada. Una hipótesis metafísica que, aunque indemostrable, serpentea por toda la historia del espíritu humano en forma de vislumbre, de sentimiento, de especulación, es que el hombre cuanto más hondo se sumerge en su propio ser, cuanto más puramente se abandona a su propia esencia, tanto más se acerca a la realidad, a la unidad cósmica y tanto más perfectamente revela y expresa el universo. De esta convicción se ha alimentado la mística de todas las edades. Pero no sólo la mística. En las imágenes cósmicas, mucho más claras y tan opuestas de Kant y Schleiermacher, de Goethe, de Schopenhauer, alienta también esa misma convicción, unas veces patente, otras veces oculta, en variadísimas conjugaciones. El sentimiento místico peculiar que ha caracterizado siempre cierta actitud típica ante las mujeres encuentra aquí quizá un fundamento comprensible. Obedece sin duda a la conciencia oscura de que las mujeres viven más plena, más íntegramente sumergidas en su propio ser que los hombres; de que las inquietudes del producir, del actuar, del enfrentarse con las cosas y con la vida hacen menos mella en el fondo sustancial del ser femenino; de que recluida en las cámaras más internas de su ser, las mujeres permanecen más que los hombres incommovibles y firmes —y de que, por lo tanto la raíz de la feminidad es al propio tiempo el fundamento de la existencia cósmica, la unidad recóndita e incógnita de la vida y el universo—. Por virtud de su más genuina esencia la mujer —cuando no la desvían violencias y necesidades históricas, influjos derivados de la relación con el hombre— vive en su propio fondo. Esto empero no significaría gran cosa si ese su fondo propio no fuera, al mismo tiempo y en cierto modo, el fondo de la realidad. La maternidad es la que establece este lazo de unión. Mas

la maternidad desenvuelve en la forma del tiempo y de la vida material algo que es en sí una postrera unidad metafísica. Un ser tan profundamente sumergido en su esencia indiferenciada, un ser tan poco propicio a trascender de sí mismo como la mujer, ha producido siempre la impresión de hallarse en la proximidad inmediata de los hontanares metafísicos en una especie de identidad con el fondo universal de las cosas, que unos conciben como raíz primaria de la naturaleza; otros como realidad mística sobrenatural, otros como elementos metafísicos en sentido puro. Los hábitos intelectuales vigentes ya se refieran a la realidad asimbólica o en relación simbólica nos obligan a concebir la diversidad, el movimiento, la uniformidad, como resultantes de una unidad que, en el hombre, se resuelve en las típicas manifestaciones y formas dualistas diferenciales mientras que en la mujer se conserva como única sustancia sensible —como si en cada nueva maternidad repitiese la mujer el proceso que, de los oscuros senos indistintos de la existencia extrae las particularidades y movibilidades para repartirlas en la forma individual.

“Puede decirse por lo tanto, que cuanto más hondamente femenina es una mujer en este sentido absoluto, menos femenina es en el sentido relativo, en el sentido diferencial orientada hacia el hombre. Y otro tanto le sucede al hombre, aunque la expresión resulte paradójica. En efecto, lo típicamente masculino, consiste en edificar sobre la vida subjetiva y por decirlo así, monorrítmica, un mundo de objetividades y de normas desde las cuales la existencia de los sexos aparece como contingente y accidental: por lo tanto un hombre será tanto menos varón —en el sentido de la relatividad sexual— cuanto más hombre sea en el sentido absoluto de la producción masculina”.

Estos párrafos sintetizan brevemente la posición, la doctrina de los autores que hemos citado y que son, por denominarlos de algún modo, los profesionales del tema, los que lo han tratado de manera más seria y sistemática. Lo cual no significa que hayan sido los únicos. Muy al contrario. Casi no ha habido quien resistiera la tentación de referirse a las mujeres en sus obras. Bien han manejado el látigo que les recomendaba Nietzsche y cuando no las han mencionado su abstención puede interpretarse como un olvido, la forma más refinada del desprecio. Es reveladora en este aspecto la actitud de Virgilio⁶ que no coloca a ninguna mu-

⁶Tanto ésta como todas las citas que siguen hasta llegar a la de Montaigne están tomadas del libro de Emile Deschanel *Lo bueno y lo malo que se ha dicho de las mujeres*. Tra-

jer en sus Campos Eliseos, o en otro, la de Mahoma que las expulsó de su paraíso. Aristóteles se admira de que los mitilenos tuvieran en sumo honor a Safo "aunque era mujer". Eurípides, más cruel, se lamenta de que no haya otro medio, fuera del femenino, para perpetuar la especie. Y Shakespeare, varios siglos más tarde, recoge ese lamento y lo repite en el final del segundo acto de *Cymbelino*. Chamfort, en uno de sus pensamientos sueltos, dice que "parece que la naturaleza, al dar a los hombres una afición indestructible a las mujeres haya adivinado que, sin esa precaución, la repugnancia que inspiran los vicios de su sexo, principalmente la vanidad, sería un gran obstáculo para el sostenimiento y la propagación de la especie humana". Aparte de esta misión de incubadora no le han reconocido otra. La marisabidilla no es más que un inagotable objeto de burlas. No sólo Moliere. También Balzac para quien es "una plaga. Reúne los defectos de la mujer apasionada y de la mujer amante sin tener sus excusas. Carece de conmiseración, de amor, de sexo". Madame de Girardin, acaso sintiéndose fuera de la regla general y no afectada por ella, establece que "cada uno de los libros de una mujer tiene impresa la huella del afecto que lo inspiró. A propósito de las obras de mujeres es cuando sobre todo se puede exclamar con M. de Buffon: el estilo es el hombre". Esta frase guarda una estrecha relación con aquella otra de Enrique Heine para quien todas las mujeres escriben con un ojo en el papel y otro en el hombre, excepto las tueras. Montaigne "cuando ve a las mujeres empeñadas en la retórica, la judicaria, en la lógica y otras drogas semejantes, tan vanas e inútiles para lo que ellas necesitan, se siente acometido por el temor de que los hombres que las aconsejan eso lo harán por tener derecho a regentearlas bajo ese color, porque no puede encontrarles otra excusa".

Siguiendo la misma línea platónica⁷ que consideraba las disposiciones femeninas en todo semejantes a las del varón si no es en la cantidad, donde las mujeres resultan visiblemente inferiores, encontramos

ducción del Dr. Luis Marco. Editado por "La España Moderna". Biblioteca de Jurisprudencia, filosofía e historia. López Hoyos No. 6, Madrid. Sin fecha de edición.

⁷Platón se refiere a esta cuestión en el libro quinto de *La República*, diciendo textualmente: "Ahora que diga nuestro argumentante cuál es en la sociedad el arte u oficio para el que las mujeres no hayan recibido de la naturaleza las mismas disposiciones que los hombres". Y más adelante: "La naturaleza de la mujer es tan propia para la guarda del estado como la del hombre y no hay más diferencia que la del más o el menos". (*La República o el Estado*, traducción de P. de Azcárate, Colección Austral, primera edición, Espasa-Calpe Argentina. S.A., Buenos Aires, 1971).

en nuestra época a J. P. Moebius⁸ quien con paciencia germánica acumuló datos para probar científica, irrefutablemente, que la mujer es "una débil mental fisiológica". "No es tarea fácil explicar en qué consiste la deficiencia mental.

Puede decirse que es lo que se encuentra entre la imbecilidad y el estado normal. Para designar este último no disponemos de una sola palabra apropiada. En la vida común están en uso dos términos contrapuesto: inteligente y estúpido. Es inteligente aquel que es capaz de discernir bien; al estúpido por el contrario, le falta la facultad de la crítica. Desde el punto de vista científico lo que suele llamarse estupidez puede ser considerado tanto como una anomalía morbosa, tanto como una enorme reducción o debilidad de discernimiento. Por otra parte, existe realmente una deficiencia fisiológica, toda vez que el niño es deficiente, comparándolo con el adulto, e igualmente cuando en la senectud no puede detenerse una enfermedad (a pesar del dicho; senectud *ipsa morbus*) mientras que, cuando menos, a la vejez se añade, más pronto más tarde, una disminución de las facultades mentales". "Desde el punto de vista total, haciendo abstracción de las características del sexo, la mujer está colocada entre el niño y el hombre y lo mismo sucede, por muchos conceptos, desde el punto de vista psíquico. Particularizando, es cierto que hay algunas diferencias; así, en el niño, la cabeza es, en proporción, más grande que en el hombre; mientras que en la mujer la cabeza es más pequeña no sólo en la medida absoluta, sino también en la relativa. Un cráneo pequeño encierra evidentemente un cerebro pequeño; pero aquí puede hacerse la objeción (que ya fue lanzada contra Bischoff acerca del peso del cerebro), de que un cerebro pequeño puede ser de igual valor que uno grande, siempre que estén conservadas íntegramente todas las partes necesarias para la vida psíquica. Rudinger ha observado que en los recién nacidos el número de circunvoluciones que se hallen en torno de la cisura de Silvio, es más sencillo y posee menos sinuosidades en las hembras que en los machos; además, que la isla del Reil, en el medio, es un poco mayor, en todos sus diámetros, en el cerebro de los varones, que está surcada más profundamente y es más convexa que en las hembras. Ha demostrado que en los adultos la tercera circunvolución frontal es más pequeña en la mujer que en el hombre, especialmente en aque-

⁸P. Moebius, *La inferioridad mental de la mujer*. (La deficiencia mental fisiológica de la mujer). Traducción de Carmen de Burgos, edición de F. Sempere y Compañía, Calle de Isabel la Católica No. 5, Valencia, España. Sin fecha de edición.

llas secciones que suceden inmediatamente a la circunvolución central. El examen de la tabla demuestra que la diferencia es muy notable.

En fin, Rudinger ha probado que en el cerebro femenino el derame de toda la circunvolución media del lóbulo parietal y la del pasaje superior superointerno experimenta un retardo en su desenvolvimiento. En los hombres poco desarrollados en la parte mental (un negro, por ejemplo) encuentra los mismos datos anatómicos hallados en el lóbulo parietal de la mujer, mientras que en los hombres bien dotados físicamente el gran desarrollo del lóbulo temporal, les da un aspecto completamente distinto. Rudinger encontró estos datos reducidos al máximo de la simplicidad en una mujer bávara y sobre este caso se ocupa de un tipo de cerebro semejante en todo al de las bestias.

“En todos sentidos queda completamente demostrado que: en la mujer están menos desarrolladas ciertas porciones del cerebro que son de grandísima importancia para la vida psíquica, tales como las circunvoluciones del lóbulo frontal y temporal: y que esta diferencia existe desde el nacimiento.

“Si el hombre y la mujer poseen las mismas circunvoluciones cerebrales, las cuales difieren solamente en el grosor, es admisible que el uno y la otra se hallen dotados de las mismas facultades mentales en cuyo caso la diferencia será cuantitativa y que no existan cualidades exclusivas para uno de los dos sexos”.

San Pablo no necesitó de tantos rodeos para declarar que la mujer es “naturalmente animal enfermo” ni Santo Tomás para conceder que es apenas un varón mutilado.⁹ Pero después de todo, dice Luis Vives¹⁰ en la mujer nadie busca elocuencia ni bien hablar, grandes primores de ingenio ni administración de ciudades, memoria o liberalidad; la sola cosa que se requiere en ella es, entre los cristianos, la castidad. (Entre los gentiles se le pedía más bien que fuera fecunda o placentera).

Ridículo es adoptar cualquier otro punto de vista como lo hizo por ejemplo M. A. de Neuville¹¹ al catalogar los inventos que nuestra civiliza-

⁹San Pablo, *Epístola a Timoteo*, cap. II, versículos del 9 al 15 inclusive. Citado por Luis Vives en su libro *Instrucción de la mujer cristiana*, Colección Austral, Espasa-Calpe Argentina, S.A., Buenos Aires, 1940.

¹⁰Luis Vives, *Instrucción de la mujer cristiana*. Ficha bibliográfica consignada en la nota 9.

¹¹Citado por Henry Bolo en su libro *El feminismo y la Iglesia*, sin consignación de traductor. Editado por Montesio, Herero y Compañía. México, 1904.

ción debe a la imaginación femenina: "Mlle. Auerbach fabrica un peine que hace llegar directamente el líquido al cuero cabelludo simplificando el trabajo del peluquero y de la doncella y permitiendo a los elegantes proveerse de peines de diferentes esencias". "Mlle. Koller, con una intención delicada para los fumadores y para las damas que los imitan, inventa una nueva envoltura para cigarrillos preparada con hojas de rosa comprimidas". "Mlle. Doré descubre un aparato escénico nuevo para la danza serpentina ejecutada por un animal: perro, mono, oso, etc.". "Mlle. Aernount compadecida de los infortunados ciclistas que atropellan liebres en las calles de puntiagudo y poco sedoso empedrado inventa un sistema de velódromo casero". "Mlle. Gronwald cuidadosa de los goces de sus contemporáneos después de las comidas inventa un mondadientes aromático y antiséptico con capa superficial soluble". "Mme. Hakin presenta una forma de atado para zuecos de caucho que evita la confusión y el descabalamiento de los pares". "Mlle. Stroemer quiere poner de moda un florero en forma de mariposa". "Mlle. Doone construye una nueva máquina de escribir en el bolsillo que puede utilizarse estando en cualquiera posición o vehículo: coche, caballo, velocípedo, etc."

Basta. ¿Es que no ha habido una sola voz que disuene de este tono burlón o del otro insultante? Emile Deschanel, en un libro que tituló *Lo bueno y lo malo que se ha dicho de las mujeres* y en el que pretende ser galante, hace un extenso acopio de alabanzas (no tan extenso como el de los vituperios) al bello sexo. No las repetimos aquí porque son, cuando más, alegatos sentimentales en los que, con lágrimas en los ojos, se conmina a quienes infaman a las mujeres a recordar que ellos también han tenido una madre y que, extraña, inexplicable coincidencia, era una mujer. O bien es una sensual enumeración de zonas anatómicas: labios de coral, cuellos de cisne, ojos de zafiro, manos de marfil, etc. En ambos casos estos argumentos son inútiles para nuestra intención.

Si es indispensable adoptar como válida una fórmula que condense los conceptos anteriores oscilamos entre la de Nietzsche:¹² "En la mujer todo es enigma y este enigma tiene un nombre: preñez" y la del conde José de Maistre:¹³ "Las mujeres no han hecho la Iliada, ni la

¹²Citado por Emile Deschanel en su libro *Lo bueno y lo malo que se ha dicho de las mujeres*. Ficha bibliográfica consignada en la nota 6.

¹³Citado por Emile Deschanel en su libro *Lo bueno y lo malo que se ha dicho de las mujeres*. Ficha bibliográfica consignada en la nota 6.

Eneida, ni la Jerusalén Libertada, ni Fedra, ni Athalía, ni el Misántropo, ni Tartufo, ni la Iglesia de San Pedro, ni el Apolo de Belvedere. No han inventado el álgebra, ni los telescopios pero hacen algo más grande que eso: en su regazo se forma lo más excelente que hay en el mundo: un hombre honrado y una mujer honrada". Y Elegimos la última porque si bien menos directa, es en cambio, más explícita.

Mucho quisiéramos, como las inconfundibles feministas, protestar airadamente contra un destino tan monótono, tan arbitrariamente asignado y tan modesto. Pero la fidelidad a la convicción íntima nos lo impide. En efecto. Atentas observaciones de nuestras semejantes presentes y pasadas, de próximas o ajenas latitudes, despiadada introspección, nos convencen de que las teorías que hemos expuesto son verdaderas, que las aseveraciones, por ofensivas que parezcan, son justas. Y sin embargo. . . Aceptemos las experiencias de quienes nos antecedieron y sus conclusiones. Pero no confiemos ciegamente en ellas. Acaso no se ha llegado al punto que se debía porque no se escogió bien el camino; tal vez el deseo preconcebido —el prejuicio— era tan fuerte que aunque haya tocado puntos distintos de los que se propusieron, persistieron en considerarlos como si fueran aquellos que habían planeado y en vez de regocijarse y enorgullecerse por el descubrimiento de fértiles Américas continuaron creyendo haber alcanzado legendarias Indias. La crítica, no obstante, es impracticable si no se tiene una base sólida, un punto seguro desde el cual partir. Y para establecer este punto no queda más remedio que recurrir a la propia tentativa, a la propia labor, al propio hallazgo.

Intermedio a propósito del método

Desde el clásico discurso cartesiano hasta nuestros días, parece ser indispensable, antes de emprender cualquier tarea, ponerse uno de acuerdo consigo mismo acerca de cómo va a llevarla a cabo, explicar de antemano y clara, irrevocablemente, por cuáles caminos se propone uno transitar para alcanzar la meta. Y esto es para mí ligeramente extraño. ¿Cómo voy a escoger primero el camino que la meta? ¿Cómo voy a condicionar ésta por aquel? Necesito, antes que nada, esclarecer ante mis propios ojos qué es lo que quiero saber y sólo entonces estaré en la posibilidad de determinar por cuáles medios ese saber se me hará accesible.

Desde luego (y por motivos que no viene al caso confesar) lo que me interesa es el problema de la cultura femenina. Pero cuando digo cultura femenina estoy a medias usando vocablos conocidos por mí. Estoy con un pie en terreno más o menos firme pero con el otro en el vacío. Porque si alguien me lo preguntara yo podría decir algo acerca de lo femenino.

Me han informado, aunque con cierta ferocidad y quien sabe si también con mala intención, acerca del tema los autores cuyas opiniones están consignadas en las páginas anteriores. Sé, por ellos, que la esencia de la feminidad radica fundamentalmente en aspectos negativos: la debilidad del cuerpo, la torpeza de la mente, en suma la incapacidad para el trabajo. Las mujeres son mujeres porque no pueden hacer ni esto ni aquello, ni lo de más allá. Y esto, aquello y lo de más allá está envuelto en un término nebuloso y vago: el término de cultura. Aquí, precisamente, es donde me doy cuenta de que mi pie gravita en el vacío.

Pero volviendo a la tierra firme. En primer lugar me está vedada una actitud: la de sentirme ofendida por los defectos que esos señores a quienes he leído y citado, acumulan sobre el sexo al que pertenezco. Su sabiduría es indiscutible, sus razones tienen que ser muy buenas y las fuentes de donde proceden sus informaciones deben ser irreprochables. Y luego, por desgracia, no soy lo suficientemente miope como para no advertir que esos defectos existen. Los he advertido por experiencia propia.

Si compito en fuerza corporal con un hombre normalmente dotado (siendo yo una mujer también normalmente dotada) es indudable que me vence. Si comparo mi inteligencia con la de un hombre normalmente dotado (siendo yo una mujer normalmente dotada) es seguro que me superará en agudeza, en agilidad, en volumen, en minuciosidad y sobre todo en el interés, en la pasión, consagrados a los objetos que servirían de material a la prueba. Si planeo un trabajo que para mí es el colmo de la ambición y lo someto al juicio de un hombre éste lo calificará como una actividad sin importancia.

Desde su punto de vista yo (y así todas las mujeres) soy inferior. Desde el mío, conformado tradicionalmente a través del suyo, también lo soy. Es un hecho incontrovertible, allí está. Y puede ser que hasta esté bien. De cualquier forma, no es ese el tema a discutir. El tema es que mi inferioridad me cierra una puerta y otra y otra que ellos holgadamente atraviesan para desembocar en un mundo luminoso, sereno, altísimo

que yo ni siquiera sospecho y del cual lo único que sé es que es indudablemente mejor que el que yo habito, tenebroso, con su atmósfera casi irrespirable por su densidad, con su suelo en el que se avanza reptando, en contacto y al alcance de las más groseras y repugnantes realidades.

El mundo que para mí está cerrado tiene un nombre: se llama cultura. Sus habitantes son todos ellos del sexo masculino. Ellos se llaman a sí mismos hombres y humanidad a su facultad de residir en el mundo de la cultura y de aclimatarse en él. Si le pregunto a uno de esos hombres qué es lo que hacen él y todos sus demás compañeros en ese mundo me contestará que muchas cosas: libros, cuadros, estatuas, sinfonías, aparatos, fórmulas, dioses. Si él consiente en explicármelo y mostrármelo puedo llegar hasta a tener una idea de lo que es cada una de esas cosas que ellos hacen aunque esta idea resulte levemente confusa porque, incluso para él, no es muy clara. Ahora, si le pido permiso para entrar, me lo negará. Ni yo ni ninguna mujer tenemos nada que hacer allí. Nos aburriríamos mortalmente. Y eso sin contar con que redoblaríamos la diversión de los otros a costa de nuestro ridículo.

Yo, ante estos argumentos tan convincentes, me retiraría con docilidad y en silencio. Pero me quedaría pensando no en la injusticia ni en la arbitrariedad de esa exclusión aplicada a mí y a mis compañeras de sexo y de infortunio (en verdad no deseaba tanto entrar, era una simple curiosidad) sino en que entonces no entiendo de ninguna manera cómo es que existen libros firmados por mujeres, cuadros pintados por mujeres, estatuas. . . (bueno, de eso y de lo restante ya no estoy muy segura y no tengo tiempo bastante para documentarme).

¿Cómo lograron introducir su contrabando en fronteras tan celosamente vigiladas? Pero sobre todo ¿qué fue lo que las impulsó de modo tan irresistible a arriesgarse a ser contrabandistas? Porque lo cierto es que la mayor parte de las mujeres están muy tranquilas en sus casas y en sus límites sin organizar bandas para burlar la ley. Aceptan la ley, la acatan, la respetan. La consideran adecuada. ¿Por qué entonces ha de venir una mujer que se llama Safo, otra que se llama Santa Teresa, otra a la que nombran Virginia Woolf, alguien (de quien sé en forma positiva que no es un mito como podrían serlo las otras y lo sé porque, la he visto, la he oído hablar, he tocado su mano) que se ha bautizado a sí misma y se hace reconocer como Gabriela Mistral, a violar la ley? Estas mujeres y no las otras son el punto de discusión; ellas, no las demás, el problema. Porque yo no quiero, como las y los feministas, defender-

las a todas mencionando a unas pocas. No quiero defenderlas. (En todo caso mi defensa sería ineficaz.) Porque el implacable Weininger¹⁴ probó en su *Sexo y carácter* que las mujeres célebres son más célebres que mujeres.

En efecto, estudiando su morfología, sus actitudes, sus preferencias, se descubren en ellas rasgos marcadamente viriloides. Y de esto infiere que era el hombre que había en ellas el que actuaba, el que se expresaba a través de sus obras. Pero esta prueba, tan alarmante a primera vista, no es original. Alude a ella, siglos atrás, Wolfgang de Sajonia en su tratado *De hermaphroditis* y la recuerda Lord Chesterfield en uno de los trozos selectos de los que es autor y que junto con otros escritos debidos a ajenas y también consagradas plumas, recomienda a su hijo Stanhope como modelos de "invención, claridad y elegancia".¹⁵

Acaso esta prueba también es deleznable ya que lo mismo podrá aducirse respecto de muchos hombres célebres cuya virilidad es discutible. Y con idéntica falsedad declarar que es la mujer que había en ellos la que pugnaba por manifestarse. Lo que yo quiero es intentar una justificación de estas pocas, excepcionales mujeres, comprenderlas, averiguar por qué se separaron del resto del rebaño e invadieron un terreno prohibido y, más que ninguna otra cosa, qué las hizo dirigirse a la realización de esta hazaña, de dónde extrajeron la fuerza para modificar sus condiciones naturales y convertirse en seres aptos para labores que, por lo menos, no les son habituales.

Pues bien: ahora que ya sé cual es la meta debo empezar a escoger el camino para alcanzarla. La lógica pone a mi disposición diversas vías a las que denomina métodos. Varias lógicas como era de temerse. Pero yo no sólo no estoy a acostumbrada a pensar conforme a ella y sus cánones

¹⁴Capítulo VI *Las mujeres emancipadas*.

¹⁵"Confieso haber leído que algunas mujeres tales como Semiramis, Thalestris y otras, hicieron ruido en el mundo por haberse distinguido en acciones heroicas y varoniles: pero considerando la grande antigüedad de aquellas historias y lo muy mezcladas que se hallan de fábulas, se mira uno autorizado a dudar o los hechos o el sexo. Además de esto, el ingeniosísimo y erudito Wolfgang de Sajonia ha probado, hasta la demostración, en su tratado *De hermaphroditis*, que todas las famosas heroínas de la antigüedad fueron del género epiceno, aunque por respeto y consideración a la modesta y bella parte de mis lectores, no me atrevo a citar los diferentes hechos y racionios en que apoya esta aserción". ("Afectaciones de las mujeres". Trozos selectos de Lord Chesterfield. En el volumen: *Cartas completas a su hijo Stanhope*, traducción de Luis Maneiro, Editorial Diana, S.A. Avenida Chapultepec núm. 74, México, D.F., 1949.

(ni siquiera estoy acostumbrada a pensar), no sólo mi mente femenina se siente por completo fuera de su centro cuando trato de hacerla funcionar de acuerdo con ciertas normas inventadas, practicadas por hombres y dedicadas a mentes masculinas, sino que mi mente femenina está muy por debajo de esas normas y es demasiado débil y escasa para elevarse y cubrir su nivel. No habrá más remedio que tener en cuenta esta peculiaridad. ¿Pero hay un modo de pensar específico de nosotras? Si es así, ¿cuál es? Los más venerables autores afirman que una intuición directa, oscura, inexplicable y, generalmente, acertada.

Pues bien, me dejaré guiar por mi intuición. Como es natural no pretenderé erigir esta experiencia mía, tal vez intransferible, en un modelo general al que es forzoso copiar. Si no puedo anticipar nada con respecto a la bondad de los resultados de mi investigación, muchísimo menos puedo comprometerme, no ya asegurando la bondad, pero ni siquiera los resultados, en una investigación diferente intentada por otra persona. Pues bien, mi intuición directa, oscura, y deseo fervientemente que por esta única vez, acertada, me dice, que si quiero justificar la actividad cultural de ciertas mujeres me es preciso, en primer término, haber llegado a la formación de un concepto de lo que es la cultura, llenando así ese vacío en el que mi pie ha continuado gravitando.

De la cultura sé, hasta este momento, que es un mundo distinto del mundo en el que yo vegeto. En el mío me encontré de repente y para ser digna de permanecer en él no se me exige ninguna cualidad especial y rara. Me basta con ser y con estar. A mi lado y en mí se suceden los acontecimientos sin que yo los provoque, sin que yo los oriente. Todo está dado ya de antemano y yo no tengo más que padecerlo.

En tanto que en el mundo de la cultura todo tiene que hacerse, que crearse y mantenerse por el esfuerzo. El esfuerzo ya sé que lo hacen los hombres y que pueden hacerlo en virtud de aptitudes específicas que los convierten en un ser superior al mío. Estas aptitudes, él lo proclama, no son anárquicas y caprichosas sino que obedecen a reglas, se vierten en moldes determinados. Sin embargo la conducta masculina (ellos la llaman humana) con todo y ser inmediatamente accesible a mi observación seguirá pareciéndome un despliegue de energía inútil, tonto y sin sentido, si ignoro cuáles son los fines que persiguen y, sobre todo, qué móviles la empujan a perseguir esos fines.

Una vez resuelto este cuestionario (cuyas respuestas no las buscaré porque no las encontraría ni en mí ni en ninguna otra mujer sino en los

hombres que hacen cultura y saben lo que hacen) me será ya más fácil contestar a la pregunta de por qué lo femenino no interviene en el proceso cultural, pregunta que podría responderse con dos hipótesis: la ya examinada de la incapacidad específica de la mujer (que deja sin aclarar por qué algunas mujeres excepcionales sí son capaces) y otra: la falta de atracción que la cultura ejerce sobre lo femenino. Falta de atracción vigente en circunstancias comunes y corrientes pero que, variando las circunstancias puede desaparecer y convertirse entonces la cultura en una fuerza atractiva a la que la mujer resulta susceptible de responder, como lo probarían los ejemplos aislados que, hasta ahora, tanto nos preocupan.

Copyright of Debate Feminista is the property of Metis Productos Culturales SA de CV. The copyright in an individual article may be maintained by the author in certain cases. Content may not be copied or emailed to multiple sites or posted to a listserv without the copyright holder's express written permission. However, users may print, download, or email articles for individual use.